

**Bourdieu, Pierre. 2005. *Pensamiento y acción*.
Monte Ávila Editores Latinoamericana. Colección
Milenio Libre. Caracas, Venezuela.**

Alexander Mosquera

Universidad del Zulia. Facultad de Ciencias.

Departamento de Ciencias Humanas. Laboratorio

de Investigaciones Semióticas y Antropológicas (LISA)

amosquera@luz.edu.ve

Está en boga. Su presencia ha suscitado miles de controversias entre quienes sólo le ven aspectos positivos (sus progenitores en particular, que la defienden “a capa y espada”, aun a costa de la vida... de otros) y aquéllos que han asumido el compromiso ético y social de develar los efectos perniciosos que tendrá (más bien, que tiene) en todos los ámbitos y en los diversos rincones del planeta.

Se trata del neoliberalismo con la globalización como su caballito de batalla, acerca del cual el sociólogo francés Pierre Bourdieu (1930-2002)—quien fuera director de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París—resalta que: “La política neoliberal puede juzgarse hoy por los resultados conocidos por todos, a pesar de las falsificaciones, basadas en manipulaciones estadísticas, que quieren convencernos de que Estados Unidos o Gran Bretaña llegaron al pleno empleo: se alcanzó el desempleo en masa; apareció la precariedad y, sobre todo, la inseguridad permanente de una parte cada vez mayor de los ciudadanos, aun en las capas medias; se produjo una desmoralización profunda, ligada al derrumbe de las solidaridades elementales, incluidas las familiares, con todas las consecuencias de este estado de anomia: delincuencia juvenil, crimen, droga, alcoholismo, regreso de movimientos fascistas, etcétera; se destruyeron las conquistas sociales y hoy se acusa a quienes las defienden de ser conservadores arcaicos” (Bourdieu, 2005:12).

Y no sólo eso. Bourdieu también denuncia en su libro “Pensamiento y acción (2005) la destrucción de las bases económicas y sociales de los logros culturales más preciados del hombre, en vista de que el “mercado” les ha hecho perder autonomía a los universos de producción cultural, ya que el

reino del comercio y de lo comercial se impone cada vez con más fuerza en estos ámbitos: en la literatura, en el cine y en las ciencias sociales en general, que están “condenadas a obedecer los mandatos directamente interesados de las burocracias de empresas o del Estado o a morir por la censura del dinero” (Bourdieu, 2005:12).

Ante tan devastador panorama dejado por el neoliberalismo, el sociólogo francés se pregunta qué hacen los intelectuales del mundo al respecto, a quienes fustiga por sus diversas formas de dimisión o colaboracionismo con lo que él llama una “revolución restauradora” o conservadora, al enfrascarse en unos debates filosóficos modernos o postmodernos como meros ejercicios o juegos escolásticos, mientras que otros propugnan una “ideología del fin de las ideologías” o el fin de la historia como lucha de clases. Por eso plantea que “los intelectuales y todos los que realmente se preocupan por el bienestar de la humanidad, deben restaurar su pensamiento utopista elaborado científicamente y compatible en sus tendencias objetivas. Deben trabajar colectivamente en análisis capaces de fundar proyectos y acciones realistas, estrechamente ajustadas a los procesos objetivos del orden que buscan transformar” (Bourdieu, 2005:13).

Partiendo del análisis de las huelgas de Francia de diciembre de 1995, contra las políticas neoliberales impuestas en Europa por el Tratado de Maastricht en vigencia desde el 93, Bourdieu le ofrece al lector su posición crítica respecto a esas políticas que él califica como “una teoría económica poderosa, que gracias a una fuerza simbólica duplica la fuerza de las realidades económicas que pretende expresar” (2005:11).

En un primer capítulo, el sociólogo francés habla del apoyo a las luchas sociales de diciembre de 1995 a “Raisons d’agir” (“razones para actuar”), el movimiento del cual fue fundador en 1996. Allí se refiere, entre otras cosas, a esas huelgas como la expresión de la resistencia al regreso “a una forma modernizada de capitalismo salvaje y la demolición del Estado social” (2005:2).

Igualmente, hace un llamado a darle una respuesta contundente y global a los desafíos suscitados por la globalización, así como a combatir la xenofobia y el racismo de un Estado que busca concretar una revolución conservadora (en esta era de restauración en la que vivimos), aunque disfrazada con ropajes de modernismo y científicismo. Además, denuncia la existencia de una violencia simbólica, cuya mayor fuerza la hacen sentir los periodistas y los medios de comunicación, ante lo cual no sólo propone la conformación de una “izquierda de izquierda”, sino también un “manual” contra esa dominación simbólica puesta en marcha por el neoliberalismo.

En el segundo capítulo de “Pensamiento y acción”, Bourdieu ahonda en el papel que juegan los medios de comunicación para el establecimiento de la referida violencia simbólica, pues éstos son –precisamente– quienes están al servicio de la mencionada revolución conservadora. Para ello, cuentan con unos periodistas a quienes el sociólogo acusa de no ser “más que la encarnación de la sumisión al mercado” (2005:26). A la par, los medios refuerzan esa violencia simbólica al darle cabida sólo a lo que él llama “intelectuales de burocracia, y de burocracia de la guerra, intelectuales de aparato, de partido”; en otras palabras, “los intelectuales ‘mercenarios’, directamente sometidos a las restricciones de la competencia y del comercio” (2005:26).

Allí habla, asimismo, de una visión más modesta que se debe tener acerca del rol de los periodistas, a quienes fustiga por poseer “el monopolio de la difamación legítima”, al construir realidades mediante informaciones y citas descontextualizadas, o al ignorar, ocultar o callar (autocensura) a conveniencia ciertas informaciones. De ahí que hable de la miseria de los medios, a la vez que resalta el hecho de que éstos cierran filas de manera automática cuando alguien procura llevar a cabo una crítica seria contra ellos, así como esa especie de circo que montan al pretender hacerse ellos una autocrítica.

Bourdieu cierra este capítulo planteando una preocupación que llama a la reflexión de los que él denomina “los verdaderos amos del mundo”, aquéllos que hoy detentan un poder simbólico que antes era propio de las esferas de lo político y lo económico, y que hoy está en manos de quienes detentan el control de los grandes grupos de comunicación: “¿saben lo que están haciendo y todas las consecuencias que ello acarrea?” (2005:49). Sobre todo si se toma en cuenta que la reintroducción del “reino del comercio y de lo ‘comercial’ en universos que muy lentamente se habían construido contra él, es poner en peligro las obras más altas de la humanidad, el arte, la literatura e incluso la ciencia” (2005:52-53), pues todo estará supeditado a la mera obtención de un beneficio monetario y de allí que se esté marchando hacia una uniformización de los productos culturales y del intelecto en general.

Por último, Bourdieu plantea en el capítulo tres que hoy el mundo está “Resistiendo a la contrarrevolución liberal” (liderada por Estados Unidos y Gran Bretaña), por lo cual escribe una carta abierta a la ONU en la que –si bien se centra en la tensa situación de Argelia a finales de los 90– exhorta a dicho organismo a desempeñar un papel más activo y eficaz, para que pueda contribuir con la paz mundial. Eso sí, teniendo siempre presente que ello sólo es posible si se respetan los derechos del hombre y las libertades democráticas.

El sociólogo resalta el llamado europeo a una paz justa y duradera en los Balcanes, así como el rol vanguardista que asumió Austria en Europa en la lucha contra “las fuerzas que amenazan la democracia, la cultura, el cine libre, la literatura libre, etcétera” (2005:65). Incluso, habla de un manifiesto por los estados generales de movimiento social, que “apunta a crear las condiciones intelectuales e institucionales de una convergencia de todas las fuerzas críticas y progresistas” (2005:65) para hacer frente a esa “revolución conservadora”.

Según Bourdieu, dicha revolución restauradora ha impuesto una nueva vulgata planetaria, donde los términos “capitalismo, explotación, dominación, desigualdad, etc.,” han sido desplazados (por “obsoletos”) eufemísticamente por un discurso que impone al mundo la visión particular de Estados Unidos, de manera que esta potencia lo modela a su imagen. Así, se da paso a una colonización mental que desemboca en lo que él llama un “Consenso de Washington” en todos los ámbitos. Por ello, denuncia en una carta abierta a la UNESCO el peligro de someter a la liberalización los servicios públicos, la educación, la salud, el turismo, la ciencia y hasta el mismo patrimonio cultural y natural, pues esto significa “el abandono de un derecho para todos en beneficio de un privilegio para unos pocos” (2005:77).

Por otro lado, habla de que la Europa social trastabilla, precisamente porque se repite el error histórico de poner primero el liberalismo y dejar lo social para más tarde (“es decir, nunca”). De ahí que se muestre a favor de una verdadera movilización de las fuerzas organizadas y de una organización permanente de resistencia al nuevo orden mundial. En esa tarea, atribuye un papel clave a los investigadores (quienes deben asumir su responsabilidad intelectual y dejarse de meros ejercicios academicistas que sólo buscan deslumbrar y conducir a premios) y a los movimientos sociales (integrados; no yuxtapuestos). Además, sin dejar de lado a los artistas, para que puedan hacerle frente a la ya mencionada violencia simbólica adelantada por los grandes monopolios comunicacionales al servicio de esa revolución conservadora.